

CAPITULO CCLXII.

Batalla de Charleroy.—Sitio de Grave.—Guerra de Cataluña.

En cuanto hubo salido de la plaza de Dôle la guarnición de los aliados, el monarca de Francia, por consejo del célebre ingeniero militar Vauban, mandó arrasar las fortificaciones, y trasladó el gobierno superior de la provincia y todas las dependencias á Besançon, donde había estado ya anteriormente.

Estando en poder de los franceses las dos plazas principales, las fortalezas secundarias del Franco-Condado, tales como Salins, Gray y otras poblaciones pequeñas, se fueron sometiendo unas tras otras sucesivamente.

En cuarenta días quedó en poder de Luis XIV todo el Franco-Condado, que desde aquella época continuó unido al reino de Francia.

Al mismo tiempo que los franceses hacían una campaña tan activa y obtenían tan rápidos triunfos, los aliados empleaban el suyo en discutir y acordar el plan que debían adoptar, perdiendo la ocasión de poner un eficaz remedio y detener la marcha triunfante del enemigo.

Así fué que, aprovechando la indecisión de los españoles y de los flamencos, el príncipe de Condé, á cuyo inmediato mando se hallaba el ejército francés que operaba en Flandes, imitando la incansable actividad del soberano se apoderó con rapidez de los castillos y fortalezas que hostilizaban á los convoyes que llevaban víveres y municiones á la plaza de Maestrick, consiguiéndolo con facilidad.

Después, aunque las tropas de su mando no pasaban de cuarenta mil soldados, se preparó á dar la batalla á los aliados, cuyo ejército mandaba el mismo príncipe de Orange, componiéndose de unos sesenta mil hombres entre españoles, alemanes y holandeses; superioridad numérica que no impuso al general francés que estaba acostumbrado á vencer.

Confiaba el príncipe de Orange en el mayor número, y proyectaba vencer al de Condé y penetrar en Francia para cambiar la guerra del sistema defensivo, período en que se hallaba, al ofensivo, y sacarla de su territorio llevándola al enemigo, en lo cual siempre encontraría beneficio.

Encontráronse por fin los dos ejércitos cerca de Senef, en los estados del Henao, á tres leguas y media de la plaza de Charleroy.

La vanguardia del ejército de los aliados, mandada por el marqués de Souche, la componían tropas imperiales; la retaguardia estaba formada de soldados españoles á las órdenes del conde de Monterey, gobernador de Flandes, como sabemos: el príncipe de Orange con sus holandeses formaba el centro y grueso del ejército que iba á dar la batalla.

Formóse además una fuerte reserva de tropas de caballería de las tres potencias, cuyo mando fué entregado al conde de Vaudemont para proteger y acudir adonde fuese necesario, según la marcha que la acción pudiera llevar.

Según estos preparativos, puede suponerse que se dió en Charleroy una de las batallas más célebres de este siglo y también más importantes por las consecuencias políticas que había de tener el éxito, cualquiera que fuese.

Estúvose peleando desde por la mañana hasta las once de la noche del día 11 de agosto de 1674.

Dicen los historiadores de aquel tiempo, con referencia á testigos presenciales, que en el espacio de dos leguas yacían en el campo más de veinte y cinco mil cadáveres de franceses, holandeses, alemanes y españoles: hecatombe monstruosa, acusación palpable contra la ambición de los hombres.

Los dos príncipes enemigos combatieron con igual empuje, ambos correspondieron debidamente á sus esclarecidos nombres: el uno sostuvo con valentía su merecida fama de prudente, bravo y entendido general; el otro conservó y correspondió á la fama de sus insignes antepasados y justificó las esperanzas que en su juventud había hecho concebir.

Las pérdidas de uno y otro ejército fueron también tan iguales que entrambos proclamaron por su parte la victoria, y por una y por otra parte se celebró y se cantó el *Te-Deum* en acción de gracias.

Puede sin embargo decirse que el triunfo estuvo de parte de los franceses, puesto que de ellos fueron los resultados.

Verdad es que el príncipe de Condé esquivó aceptar otra batalla á que le trataba de arrastrar el de Orange, mas esto fué porque no quiso exponer la gloria adquirida en Charleroy, puesto que había logrado su objeto ocupando posiciones ventajosas é impidiendo que los aliados pisaran el suelo francés, conservando al mismo tiempo las conquistas hechas.

Los generales aliados culpábanse mutuamente, como sucede en tales casos, de no haber obtenido resultado alguno en aquella campaña, pues no consiguieron siquiera apoderarse de Oudenarde, plaza sobre la que puso sitio en el mes de setiembre el príncipe de Orange, teniendo que levantarle á poco.

Avanzada ya la estación se retiraron los aliados á cuarteles de invierno.

Los españoles se marcharon á Flandes, los alemanes volvieron á su patria, saqueando los pueblos que encontraron en su tránsito, especialmente los del Brabante, y cometiendo tantos desmanes

que llegaron á hacer odioso el nombre de su general el conde de Souche.

El príncipe de Orange marchó con sus holandeses sobre Grave, que desde fines de julio sitiaba el general Rabenhaut, defendiéndola el bravo francés marqués de Chamilly.

Luis XIV mandó orden al glorioso defensor que entregase la plaza, pues su conservación no tenía ya objeto y no era necesario sacrificar las vidas de sus heróicos defensores, y en su consecuencia hubo de capitular el de Chamilly en el mes de octubre, siendo esta la única ventaja que en esta campaña obtuvieron los holandeses, costándole al príncipe de Orange seis mil hombres que perecieron en el sitio.

Operaba en las orillas del Rhin, defendiendo la Alsacia y la Lorena con solos veinte mil hombres, el vizconde de Turena, haciendo frente á mayor número de alemanes, á quienes ganó sucesivamente tres batallas, desconcertando sus planes.

Mostróse el francés digno de la fama de general, guerrero y prudente, tanto como sagaz y osado, si bien en el Palatinado permitió á sus tropas entregarse á devastaciones innecesarias, de las que resultaron destruidas dos ciudades y veinte y cinco pueblos arrasados, con lo cual quedó algo empañada su gloria.

Al mismo tiempo que en los Países-Bajos, ardía también la guerra en Cataluña, pues teniendo los españoles deseos de recobrar aquella antigua provincia y conservando inteligencias secretas con los naturales, procuraron conseguirlo por la astucia.

Mas descubierta la conspiración por el general Bret, los conjurados fueron severamente castigados, y fué menester entonces echar mano de la fuerza.

Con tal objeto se reunieron todas las tropas disponibles y al mando del conde de San German se pusieron en campaña.

Por parte de los franceses se puso al frente de sus soldados el mariscal Schomberg, ya de antemano destinado á aquel puesto, y á un conocido de los españoles tanto en la campaña de Cataluña como en la de Portugal.

Pero el francés halló en el de San German un general digno de él por la inteligencia y la astucia que supo desplegar en esta guerra.

Comenzó el general español por sorprender el castillo de Bellagarde, que halló mal fortificado y desprovisto, y después le presentó la batalla, empleando para vencer un ardido que le dió buen resultado.

Fingió preparar la marcha para volverse á Cataluña, y hasta hizo que se le dijese á Schomberg por medio de tercera persona; para mejor fingir lo que pretendía hacer creer, se proporcionó cuantas caballerías pudo y las hizo marchar por la cuesta de los montes, mientras que colocaba en los barrancos á su infantería.

Cayó el primero en el lazo el general Bret, que pesaroso de que se le hubiese quitado el mando en jefe, quería acreditarse por medio de algún hecho glorioso, y sin orden de Schomberg salió en persecución del enemigo, á quien suponía en retirada, yendo así á dar en manos de los españoles, que le esperaron donde bien les vino.

Tuvo el francés graves pérdidas, pues cuanto más se revolvía para salir del peligro más se engolfaba en él, recibiendo mortíferas descargas.

Súpolo Schomberg, y sin meditar que aquello era una celada envió un gran refuerzo á Bret para reparar su fracaso, lo cual dió lugar á que se generalizase más la refriega en Morellas, á orillas del Tech, que si bien duró poco tiempo, dejaron los franceses tres mil hombres en el campo entre muertos, heridos y prisioneros, entre los cuales se contaba el hijo del mariscal Schomberg, que mandaba un regimiento de caballería.

No obstante esta victoria, y que el general San German no había pensado en replegarse á Cataluña, tuvo que verificarlo, porque de ello se le envió orden desde Madrid, pues de las fuerzas que tenía habían de enviarse gran parte á Mesina, donde había estallado una rebelión en contra del gobernador español.

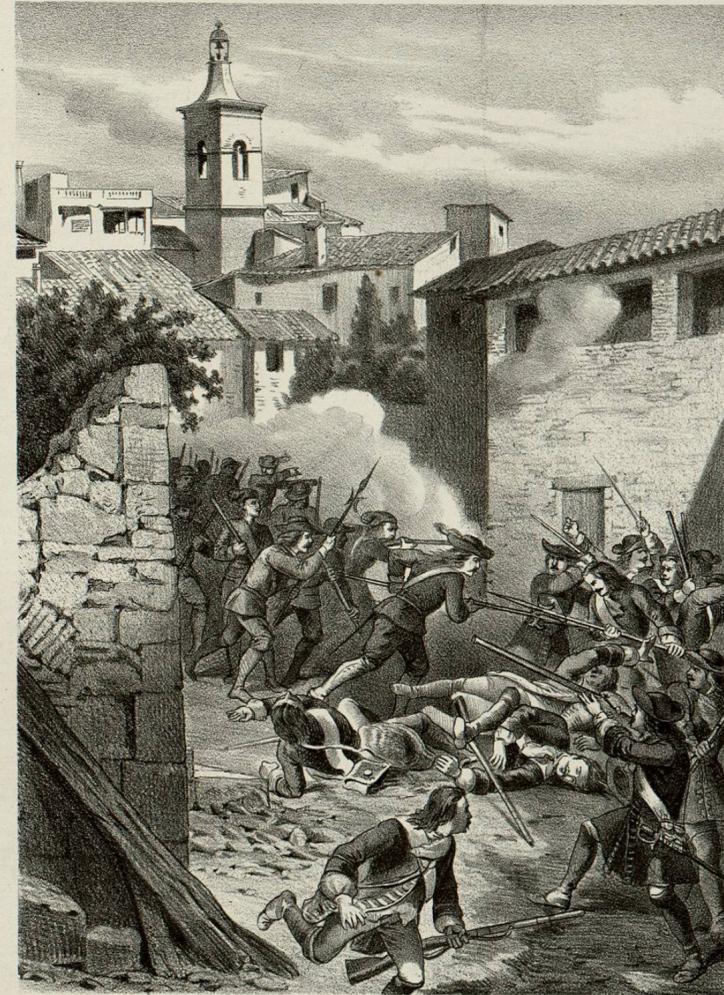
En consecuencia, el conde de San German no logró de su triunfo otra ventaja que mantenerse á la defensiva durante lo que quedaba de año en la frontera de Cataluña, porque las tropas que le quedaron no eran suficientes para emprender nada serio.

Hicieron muy señalados servicios en esta campaña al lado del veterano general San German, el conde de Lumieres y los jóvenes marqueses de Leganes y de Aytona; é igualmente los migueletes catalanes proezas de valor, interceptando convoyes, practicando atrevidas excursiones en que llegaron hasta los muros de Perpiñan.

Los migueletes estaban mandados por Trinchera y el baile de Mossagoda, llamado Lamberto Manero, el cual, en una de sus atrevidas excursiones, dió muerte con su propia mano al traidor catalán Juan de Ardena.

En sus atrevidas empresas contribuía mucho al éxito el espíritu de los naturales del país.

Tal es en resumen el resultado de la campaña de 1674, en tantas partes sostenida contra Luis XIV de Francia por las potencias aliadas en contra suya.



J. SERRA, LI.

LI-V. VIDAL, OLMO, 27.

HERÓICA DEFENSA DE GERONA.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CCLXIII.

Continúa la guerra en Cataluña.—Defensa de Gerona.—Guerra de los Países-Bajos.

Pasóse el invierno y las tropas se pusieron en movimiento para emprender la campaña de 1675.

A nadie se le ocurría pensar en la paz. Todos habían sufrido grandes pérdidas; todas las naciones se resentían en mayor ó menor escala de la prolongacion de aquella campaña; todas comprendían las ventajas que de la paz podían resultarles, pero ninguna de ellas ponía nada de su parte para llegar á tan benéficos resultados.

En vez de esto, los aprestos belicosos hacíanse en mayor escala. Parecía que unas y otras formaban decidido empeño en destruirse, y acumulábanse elementos para ver la que con mejores condiciones podía llegar á semejante extremo.

La guerra, pues, se presentaba más encarnizada que nunca, y verdaderamente para España no era satisfactoria la perspectiva.

Había desmembrado las no muy numerosas fuerzas con que contaba por consecuencia de la rebelion de Sicilia, de que más adelante hablaremos, y ni en Cataluña ni en el Rosellon podía oponer un ejército lo bastante considerable para hacer frente á un enemigo mucho más poderoso, porque hasta entonces más habían sido los triunfos que las derrotas.

Merced á este desguarnecimiento de puntos importantes en los cuales hubiera podido extremarse una resistencia capaz de desconcertar al enemigo si no se le podía obligar á retroceder, puede decirse que los franceses encontraron completamente franca la entrada en nuestro territorio.

Schomberg penetró fácilmente en el Ampurdan por un punto que hubiera podido en otras circunstancias defenderse obstinadamente, como es el Coll de Bañols, dirigiéndose inmediatamente hacia Figueras.

La guarnicion española que allí había, no juzgándose en condiciones bastantes para resistir con éxito, abandonó la plaza, y el mariscal frances pudo dar un descanso de tres días á sus soldados.

Hecho esto, prosiguió su marcha hacia Gerona, resuelto á posesionarse de ella.

Pero de muy poco hubo de servirle semejante resolución. El duque de Medina-Sidonia mandaba en ella, y resuelto como estaba á perecer antes que rendirse, supo infundir á sus soldados la decision que á él le animaba, y fueron completamente infructuosos cuantos ataques dieron los franceses.

En aquella heroica defensa, puesto que de tal podemos calificarla, hubo rasgos de extraordinario valor.

El capitán D. Francisco Vila, colocado en el rastrillo de San Lázaro, estuvo luchando, por espacio de cinco horas, únicamente con treinta hombres que tenía á sus órdenes, con un número de enemigos que centuplicaba al suyo, y el valiente jefe de migueletes, Lambert Mahero, encontró allí también gloriosa muerte despues de haber estado luchando todo el día vertiendo sangre enemiga, á la que, finalmente, unió la suya propia.

Schomberg, que no había contado con semejante resistencia, máxime siendo tan considerables las fuerzas que mandaba y el éxito de sus primeros pasos por el territorio catalan, no tuvo más remedio que, aun cuando contra su voluntad, levantar el campo y alejarse de una plaza ante la cual había sufrido un descalabro tan terrible.

Poco satisfactoria era á la verdad la situacion de los franceses. Si bien es cierto que no encontraban un ejército organizado que les pudiera hacer frente, hallábanse en cambio aquellas terribles partidas de guerrilleros que les atacaban en detall, que no les dejaban sosegar y que les causaban pérdidas de consideracion.

Trinchería, jefe de una de aquellas partidas, no cesaba de acosar al enemigo sin dejarle asentar su campo en ninguna parte, burlando todas las precauciones y todos los movimientos de los franceses, atacando y apoderándose de sus convoyes y destruyendo cuantas partidas se disgregaban del grueso del ejército.

Al frente de su partida, compuesta de algunos doscientos hombres, no vaciló en atacar á uno de estos convoyes, que iba escoltado por dos mil franceses.

Y de tal modo se portaron los valientes que mandaba y tal terror supieron infundir á sus adversarios que, pereciendo más de doscientos de éstos, huyeron precipitadamente los demas, dejando en poder de los catalanes sobre trescientas acémilas.

En la villa de Massanet encontrábase el capitán José Boneu con cuarenta migueletes, cuando se vió atacado por un cuerpo de cuatro mil infantes y quinientos caballos.

Ante una tan marcada desproporcion de fuerzas, parecía natural que el intrépido guerrillero no intentara siquiera defenderse, mas por el contrario, aprestóse para la defensa, y aun cuando, como fácilmente puede comprenderse, el enemigo rompió sin grandes esfuerzos las débiles tapias de la villa, fortificándose en las calles fué defendiendo palmo á palmo el terreno, causando multitud de bajas al enemigo y obligándole á emplear una porcion de horas en aquel porfiado ataque.

Refugióse finalmente en la iglesia, y únicamente cuando se vió cercado por todas partes y cuando los franceses, escalando las bó-

vedas, penetraron por distintos puntos á la vez, fué cuando se rindieron.

En los primeros momentos el general frances trató de dar muerte al intrépido capitán, pero recordando, como dice un historiador, que él había debido la existencia en otra ocasion á los catalanes, y conocido como le era el carácter de éstos, desistió de aquella idea, no queriendo excitar su venganza.

Actos heroicos sobre toda ponderacion, como los dos que acabamos de citar, tenían lugar con admirable frecuencia, pues la decision era igual.

Doña aún á Schomberg la humillacion sufrida en la anterior campaña con la pérdida del castillo de Bellegarde, y se había propuesto recuperarle.

Mas los españoles, que comprendieron que la facilidad de su conquista tenía por causa el mal estado de defensa en que los franceses le tenían, habían reparado sus fortificaciones, poniéndole en situacion de evitar un ataque rápido, y el Mariscal necesitó traer de Perpiñan para ganarle artillería de batir.

El conde de San German envió en socorro del castillo fuerzas, y el intrépido Trinchería se ofreció á forzar las líneas enemigas abriendo paso con sus migueletes.

Hizolo así, rompiendo por medio del enemigo con arrojo sin igual; pero las tropas que llegaron para socorro de la guarnicion no quisieron encerrarse en el fuerte, y los sitiados, despues de una vigorosa defensa, faltos de ayuda y despues de hacer toda clase de esfuerzos, se vieron en la necesidad de capitular.

Firmados los artículos que les concedían honores de guerra, la guarnicion evacuó la fortaleza y la ocuparon los franceses el 20 de julio de 1675.

Schomberg, para descansar en la calurosa estacion, se trasladó á la Cerdaña, donde ocupó sus tropas en exigir contribuciones de guerra para el mantenimiento del ejército; mas esta recaudacion se hizo con la posible benignidad, sin talar el país ni saquear los pueblos.

Pretendió el mariscal frances terminar la campaña tomando á Puigcerdá, pero el de San German había previsto la posibilidad del ataque y tenía aquella plaza bien guarnecida y abastecida, en vista de lo cual Schomberg se retiró á cuarteles de invierno, dejando la empresa para la venidera campaña.

De modo que la campaña de 1675, en Cataluña, fué de poca actividad y ménos importancia; en otras regiones las armas francesas hubieron de combatir con más rudeza.

El Emperador había atraído á la confederacion á otros príncipes soberanos de Alemania, engrosando de este modo los ejércitos aliados, y al mismo tiempo Luis XIV pactó con el rey de Suecia que distraería la atencion de las fuerzas enemigas.

El pretexto de que se valió para esto fué, como todos los suyos, sin fundamento sólido, pretexto más aparente que real, mas bien hijo de la conveniencia del momento, que no de un cálculo profundo y meditado.

Quejándose de que el elector de Brandeburg había faltado al tratado de Westfalia, hizo entrar inmediatamente sus ejércitos en la Pomerania, dando comienzo con esta operacion la nueva campaña del año 1675, puesto que semejante acontecimiento sucedió en el mes de enero.

Intimidado el Elector por la agresion de que era objeto, no tuvo más remedio que impetrar el apoyo del imperio, de Holanda, de Dinamarca y de la casa de Brunswick para defenderse del ataque del rey de Suecia.

De este modo adquirió la lucha colosales proporciones, tomando parte en ella casi toda la Europa.

Había sido reemplazado en el gobierno de Flándes el conde de Monterey por el duque de Villahermosa, que incorporó las fuerzas españolas á las del príncipe de Orange para hacer frente á las francesas y oponerse á sus propósitos de conquista y devastacion.

Luis XIV, que dirigía los movimientos de sus ejércitos, como la política internacional, confundía á los ejércitos aliados, comenzando en todas partes al mismo tiempo, y dando vueltas en todas direcciones sin dejar adivinar sus propósitos, que sólo llegaban á comprenderse cuando obtenían un resultado.

Así sus entendidos generales Enghien, Condé y Crequy se apoderaron de las plazas importantes de Limburgo y Dinant desde mayo á julio: impidieron al paso de los españoles y holandeses por el Mosa y persiguieron las fuerzas aliadas hasta cerca de Bruselas en su retroceso, ocupando el paso de Tillemont.

Mejoró la situacion de los holandeses y españoles el tener que sacar el rey de Francia, de sus tropas de Flándes, una gran parte para enviarlas á Alemania, y el Príncipe pudo obrar con mayor libertad, pero no logró desalojar al de Condé de las posiciones que elegía, ventajosas siempre, ni obligarle á aceptar la batalla fuera de ellas, y cuando enviado éste á Alemania tomó el mando de aquellas fuerzas el duque de Luxemburgo, imitó su conducta impidiendo que nuestras armas obtuviesen ventaja alguna.

Fué Condé á Alemania á sustituir la inmensa pérdida que los franceses tuvieron con la muerte del gran Turena.



J. SERRA, II.

LA VIDAL, Omo. 27.

EL MARISCAL TURENA

Riera, Editor. Barcelona, Robador, 24 y 26.